

Desarrollismo y Alianza para el Progreso.

Más allá de la “fracasomanía”.

Coordinadores

Adolfo Garcé (Universidad de la República, Uruguay)

Horacio García Bossio (Pontificia Universidad Católica Argentina)

Los años sesenta son recordados por el auge de la violencia política y del autoritarismo en nuestra región. Sin embargo, esa década había empezado con la instalación de una gran ilusión. En marzo de 1961, apenas dos años después del triunfo de la revolución cubana y recogiendo la demanda de un “Plan Marshall para América Latina” que se había hecho sentir en distintos foros durante los años cincuenta, el presidente John F. Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso (ALPRO), dando un fuerte impulso a la difusión de las ideas sobre desarrollo generadas desde CEPAL desde fines de los cuarenta.

De acuerdo a la mecánica establecida en la Carta de Punta del Este firmada en agosto del mismo año, el gobierno de Estados Unidos ofrecía apoyo financiero a aquellos países que presentaran programas de desarrollo “amplios y bien concebidos”. Lo más característico de estos planes era que debían ser verdaderos programas de reforma dirigidos a remover definitivamente los “obstáculos estructurales” al desarrollo latinoamericano. Desde el punto de vista del contenido, estas reformas guardaban una fuerte sintonía con la visión cepalina de la época: reforma agraria, diversificación de exportaciones, integración regional, racionalización de la sustitución de importaciones, reforma tributaria, administrativa y financiera. De todas maneras, en la Carta de Punta del Este, la atención a los problemas sociales (“techo, trabajo, tierra, salud y escuela”) adquiere una importancia especialísima a tono con los objetivos políticos fundamentales del giro panamericanista impulsado por la administración Kennedy: colaborando con el desarrollo económico y social de América Latina esperaban poder evitar una cascada de revoluciones socialistas inspiradas en el ejemplo cubano.

Según una interpretación muy extendida ALPRO fracasó. En un sentido muy estricto del término esta interpretación es indiscutible. No se verificó el anunciado “despegue”. No hubo progreso social. La región continuó envuelta en problemas económicos, dramas sociales y violencia política. Sin embargo, siguiendo la advertencia de Albert Hirschman, debemos evitar sucumbir a la “fracasomanía”. Según él, los latinoamericanos tendemos a pensar que todo lo que hemos intentado ha culminado en un fracaso vergonzoso. Esto nos conduce a no aprender

de nuestra propia experiencia.¹ Vale la pena visitar los años sesenta tomando nota de esta advertencia. A pesar de no haber cumplido con las expectativas depositadas en ella, ALPRO dejó un legado que merece ser rescatado. En muchos países, gracias a su estímulo, se instalaron o potenciaron oficinas de planificación, se pusieron en marcha reformas institucionales, innovaciones en políticas públicas y cambios significativos tanto en la interpretación de los “obstáculos al desarrollo” de nuestros países como en la ideología de actores políticos relevantes. Desde luego, el apoyo de los EEUU, en el contexto de la guerra fría, impregnó a las propuestas desarrollistas auspiciadas por ALPRO, de connotaciones muy especiales.

El objetivo de este Dossier, que admite su deuda con el extraordinario libro sobre la adopción del keynesianismo editado por Peter Hall² es, precisamente, narrar el proceso político de ALPRO en Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Venezuela y Uruguay. Los artículos, que vienen siendo elaborados desde 2017 para un panel sobre este tema que tuvo lugar en el marco del Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política,³ no necesariamente pasan revista a todos los legados de ALPRO en cada país, pero ayudan de modo significativo a instalar nuevas preguntas y a estimular investigaciones orientadas en la misma dirección. En ese sentido, resulta especialmente interesante colocar el trámite de estos procesos de planificación en el contexto de la tensión entre tecnocracia y democracia que caracteriza a nuestra región. Algún día habrá que rescatar con más cuidado el hilo tecnocrático que conecta las reformas borbónicas en tiempos de la colonia, el desembarco del positivismo con Augusto Comte y Herbert Spencer especialmente durante el último cuarto del siglo XIX, y el ascenso de la Economía como disciplina y de la planificación como técnica de gobierno en los años cincuenta y sesenta del siglo XX.

¹ El propio Hirschman explicó este concepto en el excelente reportaje publicado en *Desarrollo Económico*, tomo 35, núm. 140, 1996, pp.629-664.

² Remitimos al lector a *The Political Power of Economic Ideas: Keynesianism across Nations*, editado por Peter A. Hall, y publicado en 1989 por Princeton University Press.

³ El panel, titulado, “El poder político de las ideas: Desarrollismo en tiempo de la Alianza para el Progreso”, fue organizado por Adolfo Garcé y tuvo lugar el 27 de julio de 2017. Cecilia Osorio Gonnet, de la Universidad Alberto Hurtado, fue la moderadora. Miguel Angel Centeno, de Princeton University, fue nuestro comentarista invitado. Se presentaron las ponencias siguientes: “Aliança para o Progresso: um ponto de inflexão na trajetória nacional-desenvolvimentista brasileira”, por Vera Alves Cepêda; “Diseño institucional de la Alianza para el Progreso en el marco del modelo desarrollista argentino”, por Horacio García Bossio y María Victoria Carsen; “El Desarrollismo Peruano bajo la Alianza para el Progreso”, por José Carlos Orihuela; “Democracia y Desarrollo: Una aproximación a la Alianza para el Progreso en Venezuela, 1961-1969”, por Froilan Ramos Rodríguez; y “Dictadura y Desarrollo. El impacto de la Alianza para el Progreso en Paraguay”, 1961-1970, por Carlos Gómez Florentín.